

INVESTIGACION DEL CARACTER DEL EDUCANDO POR LA OBSERVACION PSICOLOGICA (*)

Por Jesús Muñoz, S. J.

Es noble y obligado afán de todo educador lograr que los gérmenes de perfección y dignidad humana que el educando atesora, alimentados por los factores llegados a éste del exterior, se robustezcan, se desarrollen y logren aproximarse, cuanto sea posible, a la plenitud integral digna del hombre.

Para dirigir y cultivar con acierto ese delicado y potente núcleo vital preciso será conocer sus misteriosas fuerzas, cuál es su naturaleza, qué leyes las rigen. Más aún, cuando lo que hay que fomentar y perfeccionar no es ésta o aquella facultad aisladamente, cual aparecen en su concepto específico, sino el complejo de las dotes y cualidades humanas y tal como se encuentran en los diferentes individuos, ya se ve que el solo conocimiento del psiquismo humano en general, no sería suficiente: hay que descender al conocimiento de cada educando. Así, conociendo esas energías y su modo concreto de proceder en este individuo, el pedagogo se hallará mejor capacitado para gobernarlas y para enseñar e inducir eficazmente al mismo que las posee, ideal de toda pedagogía, a que él por sí las gobierne.

Habrán, pues, de unar sus fuerzas para educar la Psicología y Pedagogía general y la Psicología diferencial, caracterología, estudio de la constitución y temperamento, biotipología, etc., etc., colaborando y completándose mutuamente en orden a conseguir el conveniente conocimiento del individuo.

Las energías psíquicas de éste bien pudieran reducirse en clasificación esquemática, a dos: **unas** que dan el "**poder**" y **otras** que dan el "**hacer**"; en otros términos: unas que preponderantemente sirven y se emplean en saber, pudiéramos decir que en sí mismas con capacidades para algo, y otras que deciden del rendimiento que alcanzarán aquellas facultades de saber,

(*) Estudio encargado al autor por el Comité Organizador del Congreso Internacional de Pedagogía, celebrado en Santander y San Sebastián, julio 1949, y leído en la Sección del mismo dedicada a Psicología y Educación... (Hasta ahora inédito, lo cedemos para la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario).

En el título empleamos la palabra "carácter" en el sentido menos estricto, en el que es corriente usarla sin distinguirla suficientemente de "temperamento". Más adelante definiremos con precisión estos conceptos.—*Nota del Autor.*

aquellas capacidades más o menos valiosas del individuo. Es, efectivamente, un hecho que, supuestos dos individuos con análoga capacidad intelectual especulativa, con igual habilidad técnica, mecánica o artística, las dotes naturales del uno resultan abundantemente productivas a lo largo de la vida de su poseedor, mientras las del segundo rinden tal vez muy poco. Prescindiendo de las circunstancias exteriores que puedan haber influido más o menos en favorecer o dificultar ese rendimiento, es manifiesto que, muchas veces, dentro del mismo individuo hallamos la raíz y la explicación de la fecundidad o la esterilidad de su vida psíquica, hasta el extremo de que no sea raro el caso en que el rendimiento sea mayor en medio de más dificultades exteriores, y, a veces, aún con capacidad interna menor. El sentido común explica el hecho en dos palabras: el primer individuo de nuestro caso, además de inteligencia y capacidad, tiene voluntad; el segundo, con las mismas dotes y acaso mejores de capacidad, es un indolente.

Interesantísimo será conocer esos resortes tan decisivos en la vida del hombre para la sociedad y para él mismo. Cuanto más, si advertimos que si el poder de la educación para perfeccionar la capacidad intelectual pura es tan escaso, ya que según el viejo adagio "quod natura non dat Salmantica non praestat"; su poder, en cambio, para el aprovechamiento, mejora y, a veces, transformación de los factores no intelectuales, es extraordinario.

Pues bien, todo ese mundo de complejísima realidad psíquica que hemos cifrado en las expresiones corrientes "es un indolente", "tiene voluntad" ¿cómo es en realidad?, ¿cuáles son sus componentes? Porque, prescindiendo de la faceta humana de la inteligencia y las capacidades del educando, lo que en este estudio deseamos considerar son esos otros factores humanos que hacen que esa inteligencia y esas otras capacidades de hecho rindan.

Muchos son los términos que se barajan para designar predominantemente el conjunto o las partes que integran ese denso sector dinámico del hombre: constitución, temperamento, natural compleción, carácter, y aun yo y personalidad, según el significado que dan a estas dos últimas palabras algunos autores.

¿Cuál es en todo esto lo realmente nuclear, reconocido como tal por cuantos estudian esta faceta del sér humano? El substrato, las disposiciones permanentes del individuo reguladoras de sus actividades **afectivas** y **efectivas**, de su **sentir** y de su **obrar**, de sus **sentimientos** y **acciones**; el poder que, conjugándose con las normas y orientaciones emanadas de la inteligencia, gobierna inmediatamente o, al menos, eficazmente influye en la vida del reino de los efectos, de los apetitos, de la ejecución.

De esas disposiciones permanentes y dinámicas, por las que las facultades apetitivas y ejecutivas existentes en todo hombre se van diferenciando en cada individuo, unas son innatas, hereditarias en todo o en parte, ya que innatas son también las características individuales que las diversas almas pueden recibir al ser creadas; otras son adquiridas. Aunque relacionadas todas con la vida psíquica, unas, sin embargo, radican más bien en lo corporal; otras más en el alma misma. Las primeras serán más refractarias a toda alteración o transformación, al menos por vía psíquica; las segundas, más susceptibles de cambio por medios psicológicos.

Las disposiciones innatas hereditarias, corpóreas, endógenas, son las incluidas directamente en los términos "constitución", "temperamento" (1). Las disposiciones que se van formando por influjos recibidos más o menos del exterior por vía psíquica, son las designadas preferentemente por la palabra "carácter" (2). En fin, el término "personalidad" designa, en esta parte de la psicología diferencial, directa y propiamente toda la realidad psicosomática tal como ésta se encuentra y manifiesta establemente en el individuo, presidida por el "Yo" íntimo, poder unificador consciente en el espacio y en el tiempo de todo lo que integra el orden psíquico del sujeto (3).

Prescindimos de ulteriores definiciones y clasificaciones, superfluas, al menos por ahora, para nuestro propósito. Lo descrito nos basta para proponernos taxativamente el problema expresado en el título de nuestro estudio: ¿Cómo descubrir esa realidad oculta en el interior del educando, ese substrato permanente de su modo psicológico de proceder?

* * *

Precisemos, para poder responder convenientemente a esta pregunta, qué grado de conocimiento de la personalidad del alumno es el que al educador le conviene para cumplir su elevada misión.

Evidentemente que el contenido dentro de las tres dimensiones que, como al principio insinuábamos, señalan el espacio en que ha de desplegarse la intervención del pedagogo: lograr que las facultades del educando rindan bien, corregir sus defectos, conseguir el mejoramiento de lo en él haya susceptible de perfeccionarse; todo ello en nuestro caso, dentro del área a que este trabajo se circunscribe, es decir, en lo caracterológico. Tal misión y tales aspiraciones entendidos y aplicados de modo "humano", no pretendiendo hacer milagros que excedan toda capacidad de educador y educando ni soñando con convertir en realidades, y mucho menos tangibles in-

(1) Según su significación primera, la dada por Hipócrates, temperamento designa no todo lo corpóreo que influye en la afectividad y efectividad psíquica sino sólo lo corpóreo-humoral: los humores. Actualmente, acomodándose a esa concepción tan conforme con lo que de la actividad humoral enseña la endocrinología, algunos autores parecen expresar con la palabra *temperamento* únicamente lo *humoral-endocrinológico*, y con los términos *constitución*, *morfología*, *anatomía*, el resto de lo corporal con influjo en lo afectivo-efectivo del psiquismo.

(2) Notemos que la palabra *carácter*, de tan varia significación según los diversos AA, tiene entre otras la de "disposición" psíquica habitual de sujeción al orden ético", este sentido, que es el que se le atribuye en la expresión "educación del carácter", "formación del carácter", está desde hace unos años predominando en EE. UU. como principal significación de la palabra carácter, mientras para designar lo que comúnmente se llama carácter se emplea con frecuencia la palabra "personalidad". No se usaba así el término carácter hace 25 años, cuando escribía ROBACK su *Psychology of Character*; en 1931 P. M. SYMONDS denominaba al carácter en su sentido ético "moral character" (Cf. *Diagnosing personality and conduct*; cap. XVI, págs. 560-561). En 1941 indica la preferencia por el significado ético E. J. BAXTER (*A. philosophical symposium on american catholic education*, N. Y., págs. 75-77). A esa significación tiende, aunque no se identifique con ella la nomenclatura de J. A. DE LABURU, S. J. en *Anormalidades del carácter*. Montevideo, 1941.

(3) Ciertos matices implícitos en esta definición, pueden verse desarrollados con acierto por el doctor HONORIO DELGADO en su obra *Personalidad y Carácter*, Lima, 1946; págs. 9 y siguientes.

mediatamente, todas las que en el orden de la pura consideración intelectual se presenten como posibles.

Esta prudente delimitación del campo ya se ve cuánto facilita la tarea: no necesita el pedagogo investigar sobre la íntima naturaleza del núcleo caracterológico; tampoco ha de pensar en pormenorizar en detalles propios del psicólogo que elabora una psicografía: los datos numerosísimos con que la escuela biotipológica italiana ha ideado construir, como mosaico de incontables piezas, la pirámide tipológica del individuo, de más o menos valor para otros fines, no son aquí necesarios. En todo es perjudicial lo nimio, y en el conocimiento práctico del psiquismo individual, propio o ajeno, no lo es menos. Prescindimos por brevedad de aducir testimonios confirmativos.

Es pues un hecho que en la vida cotidiana, sin perdernos en esas extremidades de búsqueda de datos, distinguimos, y precisamente por los rasgos de temperamento y carácter, a unos individuos de otros; y este conocimiento discriminativo nos es útil para acertar en el modo de tratarles, y aún para aconsejarles con éxito logrando que rindan, que se perfeccionen, que mejoren en el modo de gobernarse a sí mismos. Y tal conocimiento acertado y fructuoso del carácter ajeno está, en algún grado, al alcance, como solemos decir, de todas las fortunas. Una madre lo tiene, generalmente, en un grado más que ordinario, de sus hijos; un jefe con dotes de tal, de sus subordinados; cuántos dependientes de comercio, de los clientes de su establecimiento.

¿Cómo lo han logrado? Por su capacidad natural y por la observación de las personas.

Y ¿cómo hacer, lo que tanto importa a nuestro propósito, qué resultados de esta clase, logrados por la observación espontánea en casos aislados, se multipliquen en extensión, de modo que valgan para conocer a más número de individuos; se perfeccionen en profundidad, llegando a descubrir ocultos resortes del sujeto, importantes para la acción y no asequibles fácilmente a la sola observación casual; se obtenga, en fin, con una rapidez y unas garantías de seguridad que la simple observación fortuita no pudiera lograr?

De un modo sencillo.

¿Recurriendo a tests que diagnostiquen la personalidad o el carácter?

Ni sería suficiente ni necesario; porque es cierto que, actualmente, lo que en esta clase de tests ha logrado la psicología experimental no es aún de valor seguro para descubrir lo individual de la persona, sobre todo en el examen de sujetos normales. Por de pronto sería preciso acudir a procedimientos demasiado variados. Oigamos a un técnico, tan reciente como bien informado, enjuiciar los resultados de cuatro de los métodos más refinados: T. A. T., Rorschach, análisis de dibujo y pintura, grafología: "Parece suficiente claro —afirma Gardner MURPHY en su monumental obra sobre la personalidad— que cada uno de estos diferentes métodos tiene

“mucho que aprender” de los demás. Y aún existen otros muchos métodos que no podemos ahora juzgar, termina el autor (4).

Ya se ve que ese manejo y confrontación de procedimientos tan diversos requirán en quien los utilice una técnica que de ningún modo hay derecho a exigir a cualquier educador ni es en manera alguna necesaria para que éste cumpla perfectamente su misión.

Pero mucho más significativo que las anteriores apreciaciones de MURPHY es el que los cuatro métodos son, aún en su conjunto, insuficientes, y que a todos ellos antepone el autor, como previo, la observación clínica. Y si ésta por su aspecto clínico requiere un especialista, por ser al mismo tiempo **observación** nos está diciendo que este natural procedimiento es indispensable aun cuando se acumulen todos los demás, si **lo que se pretende es conocer no sólo cómo el sujeto actúa** o está dispuesto a actuar **en un momento dado, sino cómo es**.

Confirmemos esta verdad reconocida por todos los conocedores de los hombres, con el testimonio de otro especializado en diagnosticar por medio de tests de personalidad. Dice Percival SYMONDS en su voluminosa obra **Diagnosing personality and conduct**: “En el estudio de la conducta de los niños más pequeños, los investigadores han tenido que valerse principalmente de la observación (...). Pero el valor de la observación directa no está limitado a los primeros años (...). **La observación directa es la fuente fundamental de datos** y al mismo tiempo un feliz complemento y piedra de toque para contrarrestar la confianza, a veces excesiva, que se tiene en los tests y en los cuestionarios (5).

Pues bien, el verdadero educador, por su constante contacto con el educando, se halla en la situación, privilegiada, desde el punto de vista psicológico, de poder utilizar constantemente la observación directa, cuya falta es muchas veces la que obliga al psicólogo o al clínico psiquiátrico a echar mano de los tests de carácter. En su mano está, además, por medio de verdaderos experimentos, provocar situaciones en las que el educando, con la más espontánea actuación de su proceder normal, vaya revelando resortes más escondidos de su psiquismo. Puede, finalmente, el educador confrontar y completar sus observaciones personales con la información solicitada y

(4) MURPHY G., *Personality*. New York, 1947; c. 28, pág. 700.

El autor no examina en su obra el test original de SZONDI. Esto claro está que en nada altera la exactitud de su apreciación final, pues parece manifiesto el valor muy limitado de esta nueva prueba, atendido tanto lo problemático de los resultados como otros reparos más serios que, a nuestro parecer, deben ponerse. Las raíces biológicas de las que pretenden derivarse las conclusiones son aún demasiado oscuras; y las conclusiones filosóficas formuladas por el A., como resultado de sus demostraciones, en las págs. 305-307 de su obra *Schicksalsanalyse* Basel, 1944. c. XIII, son inadmisibles; él mismo lo ve y por eso procura atenuarlas en las páginas siguientes, pero no vemos que eso pueda lograrse sin contradecirse. Los últimos estudios sobre esta obra, del doctor SACRISTAN, en *Revista de Psicología General y Aplicada*, (1948) No 8., que es expositivo sin crítica y de P. MESEGUER, S. J., en *Razón y Fé* (1949), págs. 465 sig. y 577 sigs., muy completo y crítico dejan amplio margen para discutir aún este tema. Ulteriores discusiones críticas publicadas sobre el citado texto, meses después de escritas las líneas que preceden, vienen a confirmarnos en lo afirmado en ellas.

(5) New York, 1931 c. II, pág. 24 (subrayamos nosotros).

Obtenida en las circunstancias por él mejor escogidas, de los padres y otros conocidos del alumno.

Respetando, pues, toda la eficacia de los tests caracterológicos, reactivos inmediatos en una situación creada artificialmente, es preciso que el educador beneficie esa otra mina de incalculable valor, la **observación directa**.

Esto ¿cómo lograrlo? Una condición es imprescindible para que esa observación sea seriamente provechosa: que esté orientada a base de una segura norma científica que garantice sus resultados. Esta a la seguridad deberá unir, en cuanto sea posible, la sencillez que su uso caiga dentro de las posibilidades normales a todo pedagogo, a toda persona reflexiva.

* * *

¿Existe tal norma, tal clasificación caracterológica **capaz de extraer los deseados frutos psicológicos y pedagógicos de la observación corriente?**

Creemos que la psicología diferencial ha avanzado ya lo bastante para ofrecernos una clasificación de estas condiciones, si no definitiva e irreformable, sí objetiva en su concepción y fecunda en sus resultados, y lo suficientemente amplia y flexible para asimilar nuevos matices e incorporar a sí nuevas aportaciones que la ciencia y la experimentación descubran.

La proposición que acabamos de asentar pudiera decirse que a primera vista pugna con lo que las obras de psicología nos dicen. Porque es una realidad que si en algo ha sido fecunda hasta ahora la psicología diferencial, lo ha sido en idear y construir clasificaciones diferentes de temperamentos, caracteres y personalidades. Cada nuevo investigador o autor parece que se sentía en la obligación de rehacer de arriba a abajo la obra de sus predecesores o de proceder como si nadie hasta él hubiese roturado el terreno. De ahí el que resulte que las obras de conjunto sobre el carácter se reduzcan más de una vez a repertorios de clasificaciones diversas entre las que no sabe el lector cuál preferir para la práctica.

Sin embargo, esa autónoma, no digamos anárquica, multiformidad vigente hasta hace poco, puede ofrecer ya un innegable resultado útil: si en medio de esa mutua independencia de orientación, criterios y nomenclatura, existen algunos rasgos reconocidos por todos o la generalidad de las investigaciones, como reveladores de la personalidad del examinado; y, más aún, si las diversas agrupaciones de esos mismos rasgos constituyen tipos caracterológicos comunes, en realidad, a diversas clasificaciones y manifiestamente comprobables por la experiencia de la vida real y la observación de los individuos que en nuestro trato conocemos, indudablemente esa multiformidad en la nomenclatura y en lo accidental vendría a desembocar en una admirable y valiosísima uniformidad en lo real y sustancial: tendríamos ciertos rasgos reveladores del carácter, ciertos tipos representantes genuinos de caracteres y personalidades humanas de carne y hueso.

Ese fondo de objetividad ¿se ha obtenido?

El más ligeramente versado en estos asuntos tiene que reconocer que,

por de pronto, lo fundamental de los cuatro clásicos temperamentos ideados por **Hipócrates** es una adquisición definitiva para la psicología diferencial: en el recuento de esquemas principales de temperamentos, originales de los más diversos autores, que presenta el docto W. STERN en la última edición de su **Differentielle Psychologie** (6) no hay uno solo en que se prescinda de la clasificación hipocrática y las nuevas clasificaciones, en considerable mayoría, se reducen a los cuatro temperamentos clásicos del médico griego: sanguíneo, flemático, colérico, melancólico (7).

Rasgos igualmente llenos de objetividad son los de ciertos tipos de **Kretschmer** y de **Jung**: en el extrovertido e introvertido, bien patente está su realidad en su mismo nombre; el leptosomo y el pícnico más característicos, de **Kretschmer**, un tanto velados por esa terminología helénica, bien visibles son en la realidad cotidiana y, singularmente, desde que **Cervantes** los inmortalizó acentuando el relieve de sus respectivos rasgos peculiares en D. Quijote y Sancho. Lo mismo pudiéramos decir de los biotipos fundamentales de **Pende**, limitándonos en ellos a lo sustancial y sin pasar al terreno un tanto desconcertante de las innumerables diferenciaciones genéticas, morfológicas, humorales, etc., que harían del análisis de los sujetos una utopía. Esquemas igualmente objetivas encontramos en la clasificación de Jaensch.

Y de la misma manera corresponde también a la realidad la interpretación de algunas medidas de **Pende** y las más recientes de **Scheldon** (8), si bien en antropometría sabido es la gran moderación que aconsejan los componentes anatómicos y morfólogos actuales en contraste con la manía antropométrica de hace años.

Pues bien, si existe una clasificación caracterológica que abarque todos los tipos ya garantizados como objetivos y, sin restringirse a las limitaciones de aquéllos, admita a otras formas no menos reales y generales; más aún: si, ahondando en las raíces psicológicas de donde esos tipos brotan, señala unos pocos rasgos, característicos y capitales a juicio de los caracterólogos en general, de cuya combinación surjan con facilidad los tipos objetivos fundamentales; tal clasificación sería sin duda totalmente admisible, y aplicable al fin práctico de que tratamos, con tal de que la observación de esos rasgos constitutivos y tipos resultantes sea fácil al pedagogo en general.

Tal clasificación creemos que se da. Los investigadores que la han ideado son los holandeses **HEYMANS** y **WIERSMA**.

* * *

(6) Leipzig, 1921; págs. 481-485.

(7) La reciente obra de DEMAL, *Praktische Pastoral-psychologie*, Viena, Herder, 1949 en su segunda parte dedicada a "*Typenpsychologie*" págs. 89-267, fuera de las diferencias relativas a la edad, sólo atiende a los cuatro tipos hipocráticos y a los de Kretschmer.

(8) Cf. SHELDON W. H., *The Varieties of human physique*, New York, 1940 y *The Varieties of temperament*, New York, 1942.

Méritos suyos son, según el norteamericano A. A. ROBACK, calibrador de numerosísimas clasificaciones y estudios caracterológicos, "el haber estudiado a base de estadísticas los rasgos del carácter de miles de personas, adquiridos biográficamente y por medio de cuestionarios"; advirtiendo que éstos, tanto por el número y calidad de las preguntas como por las muchísimas personas investigadas y por la manera de adquirir los datos, ofrecen excelentes garantías de seguridad. "El valor principal de extensa investigación realizada estriba en la detallada delineación de cada tipo dado". "Los escritores holandeses nos han proporcionado una especie de mapa, mediante el cual se esclarecen las correlaciones entre cientos de rasgos catalogados y, al mismo tiempo, se construye una clasificación a base de criterios y correlaciones básicas". Su método, continua indicando, como lógica consecuencia de lo dicho, no tiene el carácter puramente empírico de la escuela francesa, si bien coincide con ésta en lo fundamental de los resultados, asentados ahora, ya se ve, sobre base mucho más sólida experimental-científica (9).

Señala a continuación el mismo ROBACK la deficiencia, en el estudio de los profesores holandeses, del concepto de carácter, la falta de una justificación ideológica de la clasificación por ellos propuesta; pudiera parecer que esos rasgos caracterológicos han quedado distribuidos por la correlación en grupos enigmáticos, como pudieran haberlo sido por el azar: diríamos nosotros, con la terminología que logró éxito con DILTHEY que la clasificación es "explicativa" no "comprensiva".

Igualmente, falta en esta clasificación la indicación de las correlaciones existentes entre disposiciones psíquicas y características somáticas (morfológicas, humorales, etc.), a lo que otras clasificaciones como las de KRETSCHEMER, PENDE, SHELDON, prestan especial atención. Esta tarea, sin embargo, no resultará difícil supuestos los trabajos de esos autores y lo manifiesto de los tipos psicológicos caracterizados por Heymans. Algunos indicios claros de la existencia de esas correlaciones se señalarán más adelante al aludir, aunque de paso, a las analogías entre ciertos tipos comunes a las clasificaciones de Heymans y de los psicólogos citados.

Estos y aún otros reparos más graves que hay que poner a la concepción psicológica de Heymans y Wiersma, tomada en toda su amplitud y detalles, y de lo que ahora prescindimos por no hacer a nuestro caso (10) sólo significan que hay que ahondar, como no lo hicieron sus inventores, en la naturaleza íntima psico-somática de esos grupos y de los rasgos que los revelan; que hay que sustituir, como lo han hecho todos los que corocen adecuadamente la psicología experimental, el error asociacionista, del que Heymans es tributario, por la verdadera concepción del psiquismo humano. Pero todo esto, como se ve, en nada afecta al valor real de las agrupacio-

(9) ROBACK, A. A. *Psychology of character* (edic. esp. de S. Rubiano). Madrid (sin fecha), págs. 259-262.

(10) Pueden verse indicados en el estudio del belga, Profesor de la Universidad de Fordham (Nueva York) J. DONCEEL: *Une psychologie des caractères*, en *Neuvelle Revue Théologique* (Lovaina) 65 (1938) 703-727. 831-854.

res logradas mediante cálculos estadísticos si éstos han sido correctos (11). Y si, por otra parte, lo obtenido por ellos estadísticamente se compagina con lo que de los tipos caracterológicos nos enseña la experiencia cotidiana y con lo que de la realidad psíquica humana nos dicen la sana psicología y la filosofía, tendríamos una sorprendente confirmación de la tipología caracterológica de los profesores holandeses.

* * *

Examinemos, pues, la clasificación así comprobada por el experimento y el cálculo, partiendo de lo que ciertamente es en realidad el psiquismo humano, a ver si en la ruta que naturalmente nos señala nuestra naturaleza psíquica nos encontramos con la aludida clasificación. Sería ésta un resultado no señalado aún hasta el presente.

Si, como decíamos al señalar los factores de especial importancia en el temperamento, carácter, personalidad, lo que pretendemos conocer es el modo de ser del individuo por dentro y, en orden al exterior, su total capacidad de obrar y rendir, ¿en qué fijarnos?

Sin duda que un constitutivo notablemente típico de la realidad psíquica del sujeto, lo que con su singular adhesividad se repasa por todo el ser impregnándolo y empapándolo, es la presencia o ausencia del **factor afectivo**, lo que se refiere a la capacidad sentimental, emotiva.

Pues bien, éste es el primer rasgo que tiene en cuenta la clasificación a que nos venimos refiriendo: la **emotividad** del individuo: ¿profundamente impresionable? ¿ecuanime? ¿frío?

La emotividad tiene, por otra parte, un significado digno de notarse en orden a la efectividad y al obrar: esto nos dice que este primer factor de la tipología que analizamos podrá ser revelador de la capacidad operativa del sujeto.

Veamos cómo:

La emotividad presenta como primera característica una cierta pasividad: las "emociones", las "impresiones", los "sentimientos" nos sobrecogen, se apoderan de nosotros: al estar bajo lo que el objeto nos ha producido, la actitud psíquica es preferentemente pasiva. Entonces, ese golpe que cae sobre nuestro interior y esa especie de consiguiente paralización de lo activo, dificulta la apreciación serena, imparcial del objeto; la observación del mismo por sus diferentes aspectos para contrastar y equilibrar con nuevos datos de él lo que aquel contacto con una sola de sus facetas tanto nos impresionó, queda dificultada y entorpecida.

Una persona con preponderante emotividad ya se ve que tiene el peligro de vivir un tanto fuera de la realidad, reclusa en cierta nebulosa esfera de

(11) Notemos respecto de estos cálculos que ROBACK no les pone ningún reparo, más bien los alaba; sin embargo que sean susceptibles de ulterior perfeccionamiento, como creemos que lo son, nada tiene de extraño.

ensimismamiento cuyo centro es el "yo" impresionado no por los objetos como son en sí mismos, sino por aquellas particulares facetas de cada uno que tapizan el interior de esa superficie esférica que aprisiona el sentimental, mientras allá en el exterior otros ven en su verdadero relieve toda la poliédrica configuración de aquellos hechos y objetos, iluminados por el claro sol de la realidad y el sentido común.

Este "preponderante emotivo" nos está haciendo recordar los rasgos del acentuado leptosomo de **Kretschmer**; es evidentemente el introvertido de **Jung**, el longilíneo-asténico de **Pende**, el integrado 3º **Jaensch**, en fin el melancólico de **Hipócrates**.

* * *

Pero ¿y su actividad? ¿Se la vamos a negar, sin más? Eso sería idear una figura arbitraria, de la que no faltarán ejemplares en el mundo, es verdad, pero que sería poco apropiada para tipo de una clasificación sobria y fecunda de individuos normales. Sigamos, pues, perfilando a base del primer rasgo señalado:

Una de las capitales advertencias imprescindibles para juzgar de cada rasgo que consideremos, nos da la solución. El super-emotivo, aún con su preponderante pasividad, tiene, como todo hombre, facultades activas, operativas. En la marcha de su proceso psíquico, a la fase de impresión sucederá la de reacción; y la vehemencia afectiva inflamada ahora por el fuego interior será poderosísimo propulsor para obrar.

¿Que esto va por arrebatos, entre cumbres y simas, porque la impresionabilidad del sujeto es versátil, dura poco, y, por otra parte, su capacidad intelectual es poderosa y pronta para rendir copiosamente en los momentos de inspiración excitada por el sentimiento? Tendremos entonces el **emotivo, no activo y primario** (En AP) al que llamaremos con Heymans, **nervioso**.

Al super-emotivo supongamos, en un segundo caso, que sus impresiones le van penetrando más lentamente, tal vez, que al que acabamos de describir, pero que dejan más impregnado todo su mundo interior. El tránsito de la pasividad a la actividad será más lento y difícil. Antes tal vez de que sus energías se reorganicen para dar el asalto a la realidad, nuevas circunstancias, a favor de la ley de la transfusión del tono sentimental y de la formación de constelaciones asociativas, vienen a renovar aquellos sentimientos anteriores sólo adormecidos y, en lugar de la reacción activa, reaparece o, más bien, se prolonga la depresión sentimental pasiva. En cambio, el período en que se sobreponga el sentimiento nacido del interior que impela a la acción será, a su vez, más armónico en su marcha, más tenaz y persistente en su duración. No existirá, desde luego, la desconcertante versatilidad del tipo anterior; y, si la capacidad intelectual es análoga, en vez de la obra de extraña irregularidad de aquél, ofrecerá éste una más armónica, coherente y perfecta a lo largo del tiempo; escalará iguales cumbres, o más altas aún, pero sin ir por temerarios despeñaderos o disformas quebradas. Tenemos el **emotivo, no activo, secundario** (En AS) el **sentimental** de la clasificación de Heymans.

Maticemos algo más dentro de un mismo tipo.

Manténgase en el sentimental bien acentuada la nota del sentir de afecto y del sentir de hipersensibilidad; dótesele de la buena inteligencia especulativa de los anteriores, pero sin la proporcionada colaboración de un sentido práctico que en las etapas de su moderada reacción operativa le resuelva las dificultades inevitables de cualquier obra humana, y el sentimental se habrá teñido de un tono sombrío a lo largo de su vida: en el presente por la impresión de la realidad actual que le hiere; el pasado, con las huellas bien marcadas que señalan en su ánimo, le va dejando dolorido y exacerbada su impresionabilidad para el futuro; el porvenir, en fin, por el que el sentimental secundario se preocupa, mirado a través de la humedad que en sus ojos dejan el pasado y el presente, es difícil que aparezca luminoso y alegre. Hemos descrito al melancólico, uno de los seres reales incluido bajo el tipo "sentimental". Así el caso más particular ha quedado no entre los que son norma, pero sí en tales relaciones con alguno o algunos de los normales que, como felizmente dice LE SENNE en su excelente *Traité de Caractérologie* construido sobre las bases de Heymans y Wiersma, por sus relaciones con aquéllos queda puntualmente conocido y caracterizado como la situación de cualquier estrella, aún la de mayor excentricidad de una galaxia, puede precisarse mediante sus coordenadas o astros de posición conocida en la gran nebulosa.

El examen que vamos haciendo de la emotividad nos invita a continuar buscando los tipos restantes en que ella toma parte, con lo que nos da ocasión a describirlos y a examinar su objetividad. Prosigamos, pues:

Escojamos una emotividad poderosa que, sin desbordarse al recibir el primer choque de la realidad, vaya intensificando y arraigando la impresión recibida del exterior con el pasar del tiempo, y pongámosla en una naturaleza tan vigorosa y potente para dominar la realidad propicia o adversa, como lo ha sido su sentimiento para continuar experimentando el eco afectivo de aquel choque menos perceptible al principio y misteriosamente reforzado después. La marcha pausada del mecanismo psíquico, más impresionante por lo que deja adivinar y prever de su profundidad que por lo ligeramente alterado de la superficie, permite a la poderosa inteligencia examinar por sus diversos contornos y aspectos la realidad. Las fuerzas emotivas, ya en fase de reforzar a las de acción, y las poderosas energías activas se mantienen tensas, esperando la hora de actuar. El golpe será indudablemente enérgico y certero. Y no irá solo; esa habitual persistencia y continuidad del modo de ser psíquico del sujeto, asegura una coherencia en el sentir y el obrar del pasado, el presente y el futuro que demuestran con evidencia la fecundidad productiva de una personalidad así. Es el **emotivo, activo, secundario** (EAS): el **apasionado** de Heymans.

Disminuíde el sentido práctico y será un hombre temible que "va por sus caminos", hombre de una idea. Será un introvertido activo; en lo psíquico tendrá mucho de un esquizoide kretschmeriano. Dotadle de un poderosísimo talento especulativo o de ejecución, pero con cierta falta de sentido de la objetividad, efecto del subjetivismo o de la ambición, y tendréis un sistemático que pretenderá violentar, si es preciso, con fuerza titánica a la realidad para someterla a alguna gigantesca síntesis preconcebida: un HE-

GEL empeñado eficazmente en reducir todas las manifestaciones de la cultura y la historia a su "panlogismo", un NAPOLEON toda Europa a su imperio. Suponedlo, en fin, dominador más que humano de sí mismo, anclado en la genuina objetividad de lo real especulativo o práctico, protegido de lo alto por la claridad y la fuerza de Dios, y tendréis a un AGUSTIN DE HIPONA o a un IGNACIO DE LOYOLA.

Un cuarto tipo está reclamando que lo nombremos aquí. La emotividad y actividad le asemejan al "apasionado", la fácil alterabilidad unida a la emotividad son puntos de contacto con el primero de los descritos, el nervioso. Respecto de ambos, sin embargo, las diferencias son tangibles: de aquí le separa la versatilidad, sus repentinos ímpetus coléricos son tempestades que descargan sin que las nubes al disiparse dejen huellas en la atmósfera psíquica; y, al contrario de lo que le sucede por etapas al nervioso, la capacidad de acción, de que éste carece, no le permite al que ahora describimos sepultarse en somnolencias subjetivas o inactivas. En esta figura el **emotivo, activo, primario**: el **colérico** de Heymans.

Ya se ve que el colérico que acabamos de describir es con el apasionado un objetivo desdoblamiento del colérico de **Hipócrates**, es un nuevo aspecto real del extravertido de **Jung** y revela unos rasgos que fijan marcadamente un tipo psicológico. Si buscásemos sus características en el psiquismo de los modelos kretschmerianos, no sabríamos con cuál identificarlo y sería preciso formar subespecies de pícnicos, leptosomos o atléticos a base de descripciones llenas de rasgos como lo hace el propio KRETSCHMER en los capítulos IX a XII de su "**Constitución y Carácter**", mientras que Heymans nos precisa su esquema sintético en solos tres trazos.

Echemos ahora una mirada al pícnico de KRETSCHMER, largilíneo más bien hipersómico de PENDE, endomorfo de SCHELDON, indudablemente extravertido de JUNG. Pretender hacer de todos los pícnicos constitucionales individuos análogos psicológicamente, estaría en manifiesta pugna con la experiencia. Subdividámoslo al menos en dos:

El contacto natural con la realidad es su capital distintivo. La emotividad menor: diríase que las impresiones penetran con más dificultad a través de la densa envoltura corporal que protege al psiquismo. Su plenitud vital le llevará más bien a la actividad: si con viveza y flexible y rápida acomodabilidad, tenemos al sanguíneo de **Hipócrates**; si con reposo y tranquila y serena tenacidad, al flemático. Aquél, **no emotivo, activo, primario** (nEAP); **no emotivo, activo, secundario** (nEAS), el último. Los dos serán objetivos, porque, al contrario del sentimental ensimismado, viven en contacto con la realidad: el sanguíneo más con las personas, el flemático con las cosas; por eso aquél es más simpático, éste menos atractivo; aquél, como el nervioso y el colérico, más voluble, el flemático, más de fiar.

Los seis tipos, prescindamos por brevedad de los otros dos de la clasificación de Heymans, esbozados en cuatro rasgos, siguiendo los resultados del psicólogo y del psiquiatra holandés y de su seguidor y perfeccionador LE SENNE, ¿no autorizan, a pesar de lo esquemático de nuestra descripción, para dar fe a la afirmación de este último cuando en su obra "**La mesonge et le caractère**", escribía: "Es ésta (la clasificación de Heymans)

la única que desde hace diez años me ha prestado repetidos servicios en el conocimiento de las personas con quienes vivo, y especialmente en mis alumnos"? (12). Quince años más adelante, fruto de ulteriores y perspicaces estudios, presenta su valiosa obra "**Traité de caractérologie**" reeditada al año de aparecer; y en su prefacio, dentro de la moderación que suele distinguir sus páginas, escribe decididamente:

"Se puede reconocer, como lo mostraremos en cada caso, que los resultados obtenidos por los otros caracterólogos, en la medida al menos en que su valor objetivo se impone a nuestro conocimiento, vienen a quedar con toda facilidad integrados y comprendidos en la tipología caracterológica de Heymans y Wiersma.

"Esto nos permite considerar que la caracterología desde ahora ha salido del periodo preliminar en que cada especialista, al abordar este estudio, se creía con derecho a rehacer por su propia cuenta todo el trabajo pasado, a proponer principios de clasificación originales, o juzgados por tales, a trazar retratos que no pudieran compararse con los anteriormente diseñados" (13).

Sin pretender para esta concepción una hegemonía que está muy lejos de poseer ninguna clasificación sobre la realidad tan democrática y auto-crática como la de las diferencias individuales, no hay duda que reúne condiciones bastante privilegiadas.

Entre las otras sistemáticas más afortunadas no creemos haya ninguna que le iguale: la elaboración de EWALD a base de las ideas de KRETSCHMER es profundamente ingeniosa y objetiva, pero su complicación es excesiva para que pueda proponerse como algo práctico; acaso no sea el menor indicio de ello lo poco citado que lo hallamos en otros AA., con serlo tanto aquél a quien él sigue y cuya manifiesta deficiencia de precisión y sistematización psicológica tan eficazmente corrige (14). La sencillez y objetividad de la clasificación de MC-DOUGALL es la que más nos parece acercarse a la de Heymans y Wiersma; y, caso notable, como advierte acertadamente ROBACK "es interesante advertir la semejanza en lo esencial entre los tres atributos fundamentales del carácter según Heymans y Wiersma y según MC-DOUGALL" (15). Por lo demás, la sistematización del profesor de Harvard no va respaldada por un previo trabajo estadístico como el de los profesores holandeses, lo cual sólo es ya un tanto de valor decisivo a favor de la clasificación de éstos. Y no es todo lo único: en orden a la práctica no nos ofrece un cuestionario orientador, mientras Heymans y Wiersma nos presentan el suyo concreto y útil; faltan también en los ocho tipos de MAC-DOUGALL las convenientes correspondencias, desde luego, con los clásicos temperamentos hipocráticos; extraña, en fin, que al resultante de factores que debieran producir al sanguíneo lo denomine "depresivo" (despondent)

(12) O. C. Paris, 1930, pág. 23.

(13) *Traité de Caractérologie*, Paris, 1946; n. 2, pág. 3.

(14) Por lo demás, los rasgos que EWALD considera para diagnosticar el carácter, en su obra *Temperament und Charakter*, Berlin, 1924, son muy afines a los de los autores holandeses cuya clasificación proponemos.

(15) ROBACK, *Psychology of character*, (edic. cast.), c. XI, pág. 202.

y que entre algunos de los tipos por él distinguidos, con no ser más de ocho, se vea tan poca diferencia como entre el denominado "firme y seguro" y el "esperanzado"; el "desconfiado" y el "ansioso".

Esta comparación tan obvia y objetiva entre la clasificación de MAC-DOUGALL, que tan aceptable parece, y que Heymans y Wiersma, vienen así a ofrecer una nueva confirmación de los valores de ésta y en particular del acierto con que han sido escogidos los tres rasgos fundamentales reveladores y constitutivos del carácter: la emotividad, la actividad y la función primaria y secundaria o, en término genérico que las abarque a las dos, la repercusión psíquica.

* * *

Ya hemos examinado arriba el primero de estos tres rasgos; describamos ahora los otros dos, ya conocidos y suficientemente traslucidos en los diversos tipos diseñados.

Partiendo de la naturaleza del hombre, como hacíamos al ir en busca del primer rasgo fundamental, es preciso reconocer que, además de las energías afectivas, cuenta éste con otras, por su esencia operativas, de ejecución, cuya misión es actuar sobre lo exterior para transformarlo de un modo u otro, para bien de la sociedad y del hombre. Este es el segundo de los rasgos señalado como capital por la clasificación que consideramos: la **actividad**.

El **activo**, es decir que lo es sobre lo corriente en la generalidad, diríase que no se halla bien si no se encuentra haciendo algo, desplegando su energía ejecutiva, si bien con matices diversos: con una especie de derroche las gastará en su alegre y tónico actuar el sanguíneo; con sus ímpetus un tanto acres el colérico; sin tanto estrépito, mas no con menos actividad caracterológica el tranquilo pero incansable flemático. La inactividad será el opuesto de la cualidad descrita, como la frialdad lo era de la emotividad.

La **repercusión psíquica**, con su doble fase de **función primaria y secundaria**, primariedad y secundariedad, aunque con nombre de nuevo cuño, empleado por primera vez por Otto GROSS (16) para designar ciertas modalidades de los procesos cerebrales, indica en la clasificación que exponemos un concepto bien patente en el psiquismo humano. Examinémoslo.

Cualquier fenómeno psíquico produce su efecto al estar presente en la conciencia; pero aún después de desaparecer de su superficie más visible, del foco de la atención, puede, de modo más o menos misterioso seguir actuando. De entre los numerosos individuos que en estado de ánimo análogo se reúnen para escuchar a un orador, fijémonos en dos que, por hipótesis, llegan en completo equilibrio afectivo. Le oyen, les penetra aquella genuina elocuencia, ambos, si os parece, llegan a la emoción y a las lágrimas. Al disolverse la reunión, los primeros comentarios de todos son sobre lo escuchado. Poco a poco las conversaciones de los diversos grupos que abandonan el

(16) *Die cerebrale Sekundarfunktion*, Leipzig, 1902.

salón van derivando a otros asuntos. Llega un momento en que el tema ha variado por completo.

Si observamos entonces a nuestros dos sujetos, vemos al uno plenamente entregado al nuevo tema: su psiquismo se ha puesto con toda naturalidad en sintonía con él como no mucho antes lo había estado con las ideas y los afectos despertados por el orador. El segundo sigue también la nueva conversación y alterna en ella, ésta ocupa ya la superficie libre e iluminada de su conciencia, pero no ha sintonizado con el nuevo ambiente como el otro interlocutor a quien observamos; es que dentro, por debajo de la superficie de su conciencia, le sigue trabajando el eco, la repercusión de las impresiones recibidas al escuchar el discurso ya pasado. En el primero la repercusión psíquica acaso más viva al principio, apenas si dura algo más que mientras el fenómeno que la causa está claramente presente en la conciencia; en el segundo, desvanecido el fenómeno consciente, tal vez menos vivo en su comienzo, sus efectos dinámicos perduran: y así, ocupada la mente en otros temas, vuelven a surgir en ella, por reviviscencia espontánea, los pasados, y, aún al no hallarse éstos en el estrato cognoscitivo de la conciencia, el estado afectivo que ellos han producido persevera, y llega un momento en que el interesado mismo, sorprendiéndose eufórico o deprimido sin recordar por qué, si examina la causa de su actual situación, viene a descubrirla en aquel suceso totalmente pasado pero que ha continuado influyendo con su característica repercusión psíquica. El primero de los sujetos observados es, según nomenclatura de Heymans, de **función primaria**, el segundo de **función secundaria**.

Repitamos que no puede hablarse de este nuevo rasgo, como ya hemos indicado respecto de la emotividad y actividad, con exclusivismo: en todo individuo hay un tanto de función primaria y de secundaria, pero es frecuentísimamente manifiesto el predominio de la una sobre la otra, según los diversos sujetos.

La realidad fundamental de este tercer elemento caracterológico en la constitución del psiquismo es bien clara: ese ritmo interior que presenta su visible huella tanto en el proceso de gasto y reposición en la actividad corporal vegetativa como en las más encumbradas actividades intelectuales, a pesar de la naturaleza espiritual de éstas, está indudablemente en las raíces del psiquismo.

Y es de notar que Heymans y Wiersma, en contraposición a uno de los reproches que les dirige ROBACK, logran con la determinación de este tercer factor un notable acierto, ya que de una multiplicidad de datos a primera vista independientes entre sí, agrupados tan sólo por las correlaciones estadísticas, pasaron a descubrir la raíz única de la que todos brotaban y en la que sintetizaba lo que a todos les era común: la rápida variabilidad o la tenaz persistencia del actuar psíquico según las diversas clases de individuos. Claro está que tienen aún mucho que ahondar la investigación hasta descubrir la naturaleza íntima de esa primariedad y secundariedad, pero la objetiva organización de los síntomas que las revelan es un decisivo paso que sistemática y experimentalmente no había sido dado aún, y sus frutos inmediatos son de manifiesto valor diagnóstico y pedagógico.

Evidentemente, los tres factores señalados como fundamentales en la clasificación que nos ocupa, realmente lo son.

* * *

Ya se ve, por otra parte, que además de esos tres elementos, habrá que tener en cuenta otros, que llamaremos con LE SENNE, suplementarios: útiles siempre, y a veces aún necesarios, para diagnosticar del interior del sujeto y pronosticar, en lo posible, su futuro.

Es manifiesto, por ejemplo, que factor tan capital en la vida individual como la inteligencia, no debe pasarse en olvido.

Igualmente, la amplitud normal en el sujeto del campo de la conciencia o, mejor, de la atención: matices, pudiéramos decir, de las funciones primaria y secundaria.

El egocentrismo o heterocentrismo, lo que decimos ser "interesado" o "desinteresado", que juega un papel de tanta importancia como resorte de la actividad del individuo y puede explicar, por ejemplo, cómo su emotividad reacciona tan diversamente a objetos de por sí igualmente estimulantes de la emoción.

Lo mismo deberán tenerse en cuenta otras tendencias que aparezcan tal vez en el individuo con un poder absorbente, como subordinando a sí y monopolizando las propiedades fundamentales antes descritas y de por sí indiferentes para aplicarse o ser excitadas por unos objetos u otros: dentro de esta cualidad suplementaria cabrán, como en su propio lugar, las diversas formas de vida descritas por SPRANGER, el homo aeconomicus, politicus, theoreticus, etc.

Notemos, que la atención para descubrir estos últimos rasgos suplementarios, no incluirá generalmente nuevo trabajo de observación, pues la búsqueda y hallazgo de las cualidades caracterológicas sólo se logrará observando los contenidos sobre los que ellas actúan y en los que dejan sus huellas reveladoras.

* * *

Expuestos los puntos más importantes en la clasificación de Heymans y Wiersma para juzgar de su aplicabilidad pedagógica: valor capital y sintomático de los elementos fundamentales, objetividad de los tipos resultantes, conveniente número de éstos para una clasificación sintética y universal, coherencia de los mismos con los más dignos de atención de otras clasificaciones, en fin, superioridad de ésta sobre las demás atendidas las cualidades que la evaloran y el fin por razón del cual la examinamos; no nos resta sino hacer unas advertencias acerca del uso y la eficacia de esta clasificación en pedagogía, basadas tanto en lo que pide la naturaleza de las cosas como en lo que la psicología del carácter, en su estado actual, nos enseña.

Rasgos tan visibles como los enumerados dan, por de pronto, una pista precisa para orientar la observación, y segura por la objetiva realidad de los tipos a que, mediante sus diversas combinaciones, conducen. Júzguese de la fácil observabilidad y certero resultado de unos cuantos datos en orden a descubrir uno de los rasgos no ciertamente más visibles, la función secundaria: ¿Permanece largo tiempo el sujeto bajo una impresión sin poderse consolar? ¿Rencores, antipatías persistentes? ¿Constante en sus afectos y aficiones? ¿Adherido a recuerdos e impresiones antiguas? ¿Adherido con terquedad a opiniones aceptadas o, al menos, lógico y coherente en su ideología a lo largo del tiempo? ¿Hombre de costumbres, de hábitos? ¿Actúa con vistas a un porvenir lejano?

Completemos el cuadro con la antítesis. Algunos rasgos para descubrir al de función primaria: ¿Consolidado rápidamente? ¿Reconciliado inmediatamente? ¿Mudable en sus simpatías? ¿Interesado por nuevas impresiones y nuevos amigos? ¿Fácil de ser convencido? ¿Amigo de cambios? ¿Actúa atento a los resultados inmediatos? ¿Contradiciones en la conducta? ¿Agudo, chispeante en el momento?

Las respuestas a estas preguntas o a otras equivalentes no son difíciles de hallar. Los datos mediante ellas encontrados, orientarán al educador en las preguntas que tal vez le convenga hacer sobre el educando a otros que le conozcan, y en los aspectos de la conducta de éste a que dirigir preferentemente la observación, que mejor llevada será más perspicaz, certera y fecunda.

* * *

¿Estará todo terminado, con esto?

Muchas veces puede estarlo, porque el conocimiento así adquirido del alumno será suficiente para la obra de corrección, estímulo, perfeccionamiento. El ideal del psicólogo estaría más arriba. Y aún habrá casos en que el del pedagogo tendrá que estarlo también: cuando la complejidad interior del sujeto no se deja descubrir, con solas esas observaciones, lo suficiente para ser dirigido con seguridad y acierto. Por lo demás, alcanzar un nivel más elevado, con la perfección del conocer a los hombres no es imposible, aún sin necesidad de precisos esquemas auxiliares: son muchos los que en el trato ordinario penetran más adentro.

¿Qué dicen los psicólogos sobre la manera de obtener una visión sintética del individuo a quien se desea conocer, que permita prever, en lo posible sus actuaciones en circunstancias determinadas, salva naturalmente siempre su libertad de elegir que nunca permitirá pasar al predictor respecto de cada caso concreto, de un grado mayor o menor de probabilidad?

LE SENNE, en 1946, llamaba a la actividad con que la mente del observador o del experimentador logra esa síntesis, "intuición caracterológica".

¿En qué consiste? En captar la conexión que hay en un individuo determinado entre el modo de hablar y proceder externamente y el habitual

de sentir y hallarse internamente. Aquí ya se ve que la potencia mental y el sentido de la realidad del observador juegan el papel decisivo.

¿Y cómo favorecer ese poder de captación? LE SENNE indica el modo. Pero en lugar de tomarlo de él, vamos a transcribirlo de otro autor, documentadísimo a juzgar por las 749 obras y estudios utilizados para su obra ya arriba aludida "Personality", Gardner MURPHY, quien en las 999 páginas de su libro no cita una sola vez ni a HEYMANS ni a WIERSMA ni a LE SENNE y en su estudio atiende, como arriba insinuamos, a los métodos experimentales o de la más refinada observación, como la exigida, por ejemplo, por la grafología. Al tocar el punto clave del conocimiento sintético de la personalidad, escribe las líneas siguientes, verdadera paráfrasis de la que un año antes había escrito por segunda vez LE SENNE:

"¿En qué consiste el proceso de aprender a juzgar de una personalidad? Parece que ante todo en irse acostumbrando a reconocer los rasgos de cada clase de conducta y ver las varias combinaciones que entre ellos pueden hacerse para formar diversos tipos fundamentales de estructura psicológica; especialmente en adiestrarse para integrar rápidamente numerosos datos. Esto es lo que la gente llama tener experiencia en juzgar. Experiencia que abarca esta doble facilidad: la de juzgar bien de los datos sueltos comprendiendo sus diversidades características y la de hacer la síntesis integral de los mismos.

"Pero más allá de esto —continúa MURPHY— hay un punto de vista puesto de relieve por la psiquiatría (...). El mejor juez (y conocedor, por tanto) de la personalidad no es precisamente el más ducho en manejar patrones artificiosos. El tener una hábil capacidad de profunda identificación con los demás, será de mucho más valor que toda una panoplia de recursos parciales. Y lo que mejor nos traslada al interior de otro es, como lo hemos inculcado antes, una amplia experiencia (...). El enriquecimiento de la propia experiencia es el medio capital para lograr que se desarrolle plenamente la capacidad de juzgar de la gente" (17).

La idea de LE SENNE es ésta: Para lograr la íntima penetración en el carácter ajeno, no hay como, a base de los datos observados en el otro, apropiarse transitoriamente el carácter de aquél a quien se quiere comprender. Como consecuencia de ello, una especie de dialéctica intuitiva nos llevará a predecir qué hará esa persona en éste o aquél caso. Luégo seguirá la imparcial comprobación del acierto o error de nuestra previsión (18).

Así los puntos capitales para llegar al profundo conocimiento ajeno, observación de los rasgos de conducta más significativos, capacidad de integración de los mismos en tipos de valor objetivo, apropiación de la mentalidad ajena y experiencia, mucha experiencia, son exactamente los mismos según ambos autorizados e independientes tratadistas.

Y para descubrir esos datos sintomáticos y para orientarse en su síntesis, todo ello con la facilidad y seguridad que en asunto difícil sea posible,

(17) MURPHY, O. c. New York, 1947, c. 27, pág. 659.

(18) LE SENNE, *Traité de Caractérologie*. París, 1946, n. 11, págs. 38-40.

ofrece una valiosa ayuda no igualada todavía por ningún otro procedimiento caracterológico de observación, la clasificación de HEYMANS y WIERSMA.

* * *

La genuina aplicación pedagógica o psicológica que, como desde el principio indicamos, ha de ser el fin al que todo este conocimiento se dirija, es demasiado clara ante características como las indicadas, tan manifiestas y de tanto influjo en el futuro del educando. El saber corregir, encauzar, perfeccionar, aprovechar, compensar lo deficiente con lo bueno de otras dotes será la obra, y por cierto soberana, del pedagogo, con el cual, digámoslo con el CRISOSTOMO, no hay escultor, pintor ni artista ninguno modelador de la materia que pueda ser comparado.

Notemos algo que pudiere parecer objeción, y no lo es.

Algunos de los defectos o cualidades buenas muchas veces aparecerán bien pronto. Aplicando el correctivo o el estímulo conveniente ¿qué queda por hacer? Pudiéramos continuar descubriendo nuevos perfiles caracterológicos que ir a su vez elaborando. Generalmente, sin embargo, no habrá por qué internarse en ulteriores investigaciones. La afinación y el análisis exploratorio pueden muy bien, en vez de aplicarse superfluamente a casos que no lo requieren, reservarse para uno u otro difíciles, y, por eso, más necesitados de examen. Es lo que tan acertadamente hacemos con la salud: del que la disfruta buena nos basta saber que está sano; los frecuentes y detallados reconocimientos médicos se reservan para el delicado y el enfermo. En cambio, la gran labor del educador ha de ser incesante, lo mismo con el enfermo que con el sano; y en el orden de la armónica posesión y recto uso de sus facultades y cualidades del carácter ¿quién no tiene deficiencias?, y más aún, ¿quién no necesita de preservativos para mil eventualidades?

Aquí, por consiguiente, de la incansable obra del pedagogo, como de segundo padre y madre, para lograr no ya que el educando conozca qué medios o qué remedios debe emplear sino para que los emplee siempre. Es éste el delicado de salud que estará bien mientras sea fiel en guardar indefectiblemente su régimen. Es, si se prefiere, el sano que para conservarse bien debe saber administrar sus fuerzas y dominar sus apetitos. Consejos, normas bastarán pocos en cada caso; lo numeroso y reiterado serán las veces y casos en que habrán de aplicarse a la obra: la motivación, con su adaptación a edades y caracteres, repetición de actos, correcciones, estímulos, la formación de un ideal rico de contenido, duradero, estimulante: en fin, toda esa especie de panoplia pedagógica que ofrece recursos para conseguir la victoria de la perfección sobre lo imperfecto de cada carácter, tiene sus blancos bien fijados mediante la previa observación sistematizada.

Tal vez una pregunta habrá justamente asaltado el ánimo del lector, más de una vez, durante esta exposición: ¿Y los tests de carácter y per-

sonalidad? ¿No está bien emplearlos para conocer el psiquismo afectivo y afectivo del educando?

Algo hemos aludido, más arriba, a ellos y a base, precisamente, de las conclusiones de notables especialistas. En el estado actual de la psicología diferencial aparecían como insuficientes, aún aplicados todos los más refinados; además para el conocimiento normal que el pedagogo ha de tener del educando, **no son imprescindibles**; finalmente la dificultad que hay en la ampliación segura y provechosa del conjunto de ellos exige una técnica que, como hemos indicado, no hay por qué se deba pedir a todo educador. De todas estas reflexiones, sin embargo, podemos prescindir. Respetamos y reconocemos todo el valor de estas clases de tests. Aplíquense, por tanto, enhorabuena siempre que se desee. Por nuestra parte, en esta exposición, como desde el principio indicamos, lo que deseábamos estudiar y exponer desde el punto de vista científico-práctico era la **sistematización de la observación aplicada a la conducta espontánea del educando**.

JESUS MUÑOZ, S. J.

Profesor de Psicología en la Pontificia Universidad de Comillas (España).